

LEARN FOR LIFE BLOG

I DON'T REMEMBER YOUR SERMONS, BUT I REMEMBER YOUR LOVE

Angelica Gomez

PROGRAM COORDINATOR FOR LIFELONG LEARNING

This past August marked four years since the pastor of the church where I grew up passed away from Covid. Thinking about his life, I realize I don't remember any of his sermons, even though I attended church from age 10 to 21, sometimes three times a week.

What I do remember is his huge smile, his genuine hugs, the times he told me he was proud of me, the moments he invited us to his home to share guavas, papayas, or bananas from his trees, and above all, how kind and forgiving he was.

On a good Sunday, our church gathered about fifty people. When he started, it was just his family, mine, and three other families. One of his son's was the same age as my brother and me, and we quickly became a trio of mischief. My mom ended up teaching Sunday school, and my dad became his right-hand man. Our youth leaders were his daughter and son-in-law, barely over twenty. The congregation was made up of immigrant families and their children.

As an adult, I realize I sometimes judged him and the church unfairly. I didn't understand why he let the sister who sang off-key stay in the choir or why he was always quick to forgive mistakes. Now I see that he was making space for everyone, creating room under his tent. It was never about numbers for him. Whether there were 15 people or 50, he gave each person the same attention.

My small immigrant church had the same struggles many churches do: gossip, arguments over who was more spiritual, disagreements about ministries, and all kinds of drama. In a small church where everyone knows each other, these issues felt amplified. But it was also full of love: birthday celebrations, invitations to homes, shared meals when someone was sick or out of work, offerings to help in hard times, and countless opportunities to feel like you belonged to a family.

Later, when I served in college ministry in my twenties, I began to appreciate my pastor even more. I realized he was just a man like anyone else and that there is no perfect church because people aren't perfect. I also understood how difficult it must have been for him to live with his life always on display, always under criticism.

I remember the comments: when he welcomed back the "prodigal son" after his oldest son left college because of drugs, the judgments when one of his daughters had a child out of wedlock, the criticism when another daughter couldn't have children as if it were his fault, and the sorrow when his youngest son returned from the Marines with post-traumatic stress.



What stays with me most is that he always forgave, always welcomed people back, and always made space for us. It is funny, I do not remember his sermons, and honestly, I did not even agree with many of his ideas. But today, when I visit the church where I grew up, I feel a deep ache knowing he is no longer there to greet me with that big, warm smile.

This Hispanic Heritage Month, I want to honor all the immigrant men who built churches. Many of them never had formal theological training, but they stayed up late learning and preparing. They fought to find their place in a society that sometimes looked down on them for not speaking English or not understanding new technologies. I also want to celebrate the women and men who lead immigrant churches today. They love fiercely, work tirelessly, and even when they do not always see the full impact of their efforts, they leave behind a lasting legacy of love, faith, and community.

LEARN FOR LIFE BLOG

NO RECUERDO TUS SERMONES, PERO RECUERDO TU AMOR

Angelica Gomez

PROGRAM COORDINATOR FOR LIFELONG LEARNING

En agosto se cumplieron cuatro años desde que el pastor de la iglesia donde crecí falleció por Covid. Al pensar en su vida y lo que dejó, me doy cuenta de que no recuerdo ninguno de sus sermones, aunque fui a la iglesia desde los 10 hasta los 21 años, a veces hasta tres veces por semana.

Lo que sí recuerdo es su sonrisa enorme, sus abrazos sinceros, las veces que me dijo que estaba orgulloso de mí, cuando nos invitaba a su casa y compartía guayabas, papayas o plátanos de sus árboles, y sobre todo lo amable y perdonador que era.

Nuestra iglesia, en un buen domingo, reunía a unas 50 personas. Cuando él empezó, solo eran su familia, la mía y tres familias más. Uno de sus hijos tenía la misma edad que mi hermano y yo, y rápido nos volvimos un trío de travesuras. Mi mamá fue siendo maestra de escuela dominical y mi papá su mano derecha. Nuestros líderes de jóvenes eran su hija y su yerno, que apenas pasaban los veinte años. La congregación estaba formada por familias inmigrantes y sus hijos.

Ya de adulta reconozco que a veces lo juzgué mal a él y también a la iglesia. No entendía por qué dejaba que la hermana que cantaba desafinada estuviera en el coro, o por qué siempre era tan rápido para perdonar a alguien que se equivocaba. Ahora entiendo que lo que hacía era abrir espacio para todos, hacer lugar bajo su tienda. Para él nunca se trató de números. Fuéramos 15 o 50, trataba de dar la misma atención a cada persona.

Mi pequeña iglesia inmigrante tenía los mismos problemas que creo que tienen muchas iglesias: chismes, pleitos por quién es más espiritual, desacuerdos sobre ministerios y dramas de todo tipo. Y en una iglesia chica, donde todos se conocen, esas cosas se sienten más fuertes. Pero también estaba llena de amor: celebraciones de cumpleaños, invitaciones a las casas, comidas compartidas cuando alguien estaba enfermo o sin trabajo, ofrendas para ayudar en tiempos difíciles y muchas oportunidades para sentir que pertenecías a una familia.

Después, cuando serví en ministerio universitario en mis veintes, aprendí a valorar más a mi pastor. Me di cuenta de que era un hombre como cualquiera y que no existe la iglesia perfecta porque la gente no es perfecta. También entendí lo difícil que debió ser para él vivir con su vida siempre expuesta, siempre bajo críticas. Recuerdo los comentarios.

cuando recibió de regreso al “hijo pródigo” después de que su hijo mayor dejó la universidad por las drogas, los juicios cuando una de sus hijas tuvo un hijo fuera del matrimonio, las críticas cuando otra hija no podía tener hijos como si fuera culpa de él, y la tristeza cuando su hijo menor volvió de los marines con estrés postraumático.



De todo eso me queda que él siempre perdonaba, siempre recibía de vuelta y siempre hacía espacio para nosotros. Es curioso: no recuerdo sus sermones, y la verdad es que ni siquiera estaba de acuerdo con muchas de sus ideas. Pero cuando hoy visito la iglesia donde crecí me invade un dolor y un vacío enormes al saber que ya no estará ahí para darme la bienvenida con una sonrisa.

En este mes de la Herencia Hispana quiero celebrar a todos esos hombres inmigrantes que levantaron iglesias. Muchos no tenían estudios formales de teología, pero se desvelaban aprendiendo. Lucharon por encontrar su lugar en una sociedad que a veces los despreciaba por no hablar inglés o no manejar la tecnología. Quiero celebrar a los hombres y mujeres que pastorean iglesias de inmigrantes. Que aman, trabajan duro y aunque a veces no ven todo el fruto de su esfuerzo, dejan un legado de amor y fe.